

solo se valia de una de estas, pero cuando llegó á su apogeo aumentóse su número hasta tres: la Pitia, en sus primeros tiempos, no era una dama distinguida, sino una ruda ciudadana ó campesina, á pesar de lo cual debía pertenecer á una familia principal, obligándose á llevar una vida virtuosa y recogida. Antiguamente se escogian para ese cargo jóvenes vírgenes, despues fueron preferidas las mujeres entradas en años; en los remotos tiempos el oráculo solo podia ser preguntado una vez al año, durante la primavera, pero á

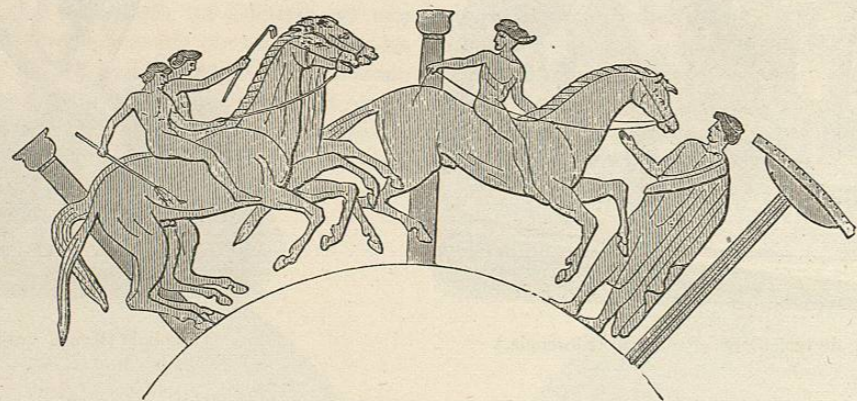
medida que su importancia fué en aumento, aumentaron tambien los períodos hábiles para las preguntas, que pudieron hacerse el día sétimo de cada mes. El que queria preguntar á Apolo, debía prepararse durante muchos días, purificarse en las aguas de la fuente Castalia y luego, coronado de laurel, inmolarle algunos animales. Hecho esto, el demandante subia á una galería construida sobre el abismo, mientras la Pitonisa, que tambien se habia preparado con tres días de ayuno, se sentaba despues de varias ceremonias sobre un tri-



Preparativos para una carrera de carros (Pintura mural de un sepulcro etrusco)

pode de bronce colocado junto á la sima, que despedia narcóticas emanaciones. Las palabras que, en el éxtasis producido por los vapores, pronunciaba, las recogia el profeta del oráculo y las comunicaba á los interesados en una fórmula que, á partir de principios del siglo VII, fué un exámetro.

Ha sido cosa corriente confundir las ideas del oráculo de Delfos con la astuta superchería de los sacerdotes, sin razon alguna, por cuanto en los mejores tiempos del oráculo, no se trató, en aquel santuario, de la «investigacion del porvenir.» Tratábase únicamente de obtener un consejo imparcial,



Carrera de caballos. Llegada á la meta. Recepcion del vencedor por el juez de la lucha. (Imágen tomada de un vaso)

apoyado por la autoridad divina, que resolviera ó aclarara los mas importantes asuntos políticos y religiosos, siendo casi seguro que durante muchos siglos creyó de buena fe el sacerdocio delfico que se encontraba realmente en condiciones de investigar la opinion de Apolo y de poder dar el consejo mas conveniente, lo cual, hasta cierto punto, no dejaba de ser exacto, pues, gracias á la gran concurrencia que en Delfos se reunia, llegaban á sus oídos noticias, conocimientos y experiencias de todas partes, con las cuales se formaba una tradicion que sabia utilizar debidamente. Delfos figuraba en primera línea bajo el punto de vista religioso en lo que se referia á predecir el porvenir dadas las circunstancias presentes: sus sacerdotes procuraban fomentar el temor de los dioses, sostenian con energía la parte de liturgia y ritual de la religion, impedian la interrupcion del servicio divino, tendian á la perfeccion de aquel dogma de las doce divinidades principales, y se resistian á la arbitraria introduccion de nuevos dioses, fiestas y cultos. Bajo el punto de vista moral, corresponde á Delfos el mérito de haber destruido el salvajismo de las costumbres, pues á su sacerdocio se debe la formacion de un determinado *derecho de sangre*. Para mover la conciencia de los apasionados griegos, les dijo que el homicidio y el asesinato eran la mayor y mas grave profanacion, «proponiéndose, por este medio, establecer un sistema expiatorio entre

todos los miembros cultos de la nacion, que gradualmente fuese destruyendo la pena del Talion, y formar un nuevo derecho penal aplicable á estos crímenes.» Bajo el punto de vista político, repetidas veces ejerció Delfos una influencia decisiva en la direccion de nuevas colonias. Durante los siglos octavo, sétimo y sexto antes de Jesucristo, es decir desde la reforma de Licurgo en Esparta, en toda la Grecia rara vez se admitió un reglamento orgánico sobre un punto importante, rara vez se llevó á cabo empresa alguna, sin pedir antes consejo á Apolo, al profeta del alto Zeo. Los mismos pueblos y reyes extranjeros no se desdénaban de ir á consultar al oráculo de Delfos, y finalmente las comunidades de las ciudades griegas depositaron grandes tesoros en este sitio, seguro por su santidad, gracias á lo cual fué muy pronto aquel santuario el centro de un importante tráfico de oro.

El general respeto al oráculo no pudo, sin embargo, lograr que Delfos alcanzase en todas partes una apariencia de unidad nacional, ni que cesasen las continuas hostilidades que asolaban los distintos Estados de la Grecia. Finalmente una circunstancia especial contribuyó al descrédito del oráculo: existia en Delfos un régimen aristocrático; así es que cuando en una gran parte de la Grecia, especialmente en el Peloponeso, la tiranía comenzó á derribar la soberanía de la nobleza, el oráculo se convirtió en instrumento de partido,

cesando por lo tanto, poco á poco el modo de ser objetivo é imparcial del mismo. Y tanto fué así, que ya en el siglo sexto, el juicio del oráculo, antes tan atendido, dió lugar á repetidas intrigas y artificiosas astucias, y aun en algunos casos se pudo comprar la voz de la Pitonisa, poniéndola al servicio de determinados intereses políticos.

Este desprestigio del oráculo coincide positivamente con un período anterior á la guerra de Persia, en que dentro de la madre patria griega comienzan á aparecer y á tomar incremento, en el terreno político, aquellas fuerzas que, en un sentido desconocido hasta entonces, eran llamadas á establecer la union entre los helenos. En estrecha relacion con el oráculo existia en Delfos una institucion que puede muy bien ser considerada como el boceto de la unidad griega; tal fué la anficionia delfica.

V.—ANFICIONIA DÉLFICA

Las dudas y discusiones científicas de que son objeto casi todos los puntos capitales de la historia antigua, no faltan al tratarse del desarrollo de esta anficionia, la mas importante de cuantas se habian formado en Grecia, cuyo origen podemos quizá encontrar en tiempo de la emigracion dórica. Es probable que se compusiese de varios grupos y que el núcleo de la alianza entre ellos proviniese de la comunidad de sacrificios que las razas vecinas á las Termópilas celebraban en dicho punto durante la cosecha, y á las cuales se juntaban, en tiempo de paz, los nuevos señores tesalios del valle del Peneo. Es objeto de controversia si Delfos fué desde un principio el centro de una pequeña anficionia independiente, á la cual se unió la anficionia pilia, ó si la consideracion cada vez mayor que adquiria el templo de Delfos movió á los anficionias á ponerse en relacion con la santidad de Apolo. Lo que sabemos de positivo acerca de esto es que desde el siglo octavo antes de Jesucristo encontramos la gran anficionia establecida definitivamente en Delfos, bajo la forma de una alianza especial, que se conservó con ciertas modificaciones hasta mucho despues de la fundacion del imperio romano. Correspondia á los anficionias dirigir la fiesta de Demeter que se celebraba en las Termópilas, durante la cosecha, la feria apolonio-pítica de la primavera, y proteger y

vigilar el santuario delfico. Esta alianza la constituian doce razas griegas grandes y pequeñas, entre ellas la de los dorios y la de los jonios; de modo que hasta el siglo sétimo antes de Jesucristo la gran mayoría de todos los Estados griegos tenian su representacion en aquella comunidad, que se hallaba en estrecha relacion con la venerada santidad apolonica. Solamente estaban excluidos de esta confederacion los etolios, los acarnanios, los aqueos del Peloponeso y los habitantes de Elide y Arcadia. Para asegurar el santuario delfico contra el robo y la profanacion, los anficionias se obligaban, por medio de un solemne juramento, á castigar con fuerte mano tales delitos. La anficionia, que conservó siempre el caracter religioso, se cuidaba de la reunion de la asamblea que en Antela y Delfos tenian los representantes de las ciudades anficionicas; conciliaba los diversos miembros de las grandes razas acerca de la direccion de los dos votos que á cada raza correspondian; vigilaba el santuario general y cuidaba de la direccion de su culto y despues de la de los juegos píticos. Por lo que respecta al punto de vista político, aquella alianza nada hizo para unir á los griegos ni para poner coto á las luchas intestinas: lo único que consiguió fué que ninguna ciudad anficionica pudiera encender una guerra civil y que no podrian ser desviados los rios que les proveian de agua; pero en cambio ejerció su influencia en otro sentido de un modo desastroso, cuando, en las llamadas guerras santas, se tomaba horrible venganza de aquella comunidad que hubiese cometido alguna falta grave contra Delfos. Uno de estos sangrientos episodios dió tambien mayor incremento á los juegos píticos. En la antigüedad la fiesta delfica en honor de Apolo, es decir los juegos píticos, se celebraba cada ocho años en la primavera con gran solemidad, con certámenes musicales de los *citharodes* que recitaban *peanas* é himnos en loor de los dioses. Seguian luego cánticos festivos y una danza de niños alrededor del altar que simbolizaba la victoria conseguida por Apolo sobre el dragon del desfiladero de Delfos. Pero derrotados los crisseos por los anficionias (586), dispúsose la fiesta pítica de un modo mas completo: celebróse desde entonces cada cuatro años, á imitacion de la olimpica, y á las luchas de los citharodes se agregaron certámenes de flautistas, y los juegos gimnásticos y caballerescos que desde hacia mucho tiempo predominaban en Olimpica.

CAPÍTULO II

GRECIA DURANTE LA DOMINACION ARISTOCRÁTICA

I. Decadencia de la antigua monarquía.—II. Dominacion de los eupátridas.—III. Poder de estos.—IV. Las ciudades jónicas en lucha con los lidios.—V. Italicotas y sicilicotas.—VI. Beocia.—VII. Atica.—VIII. Corinto.—IX. El rey Feidon de Argos.—X. Primera guerra mesénica.—XI. Segunda guerra mesénica.

I.—DECADENCIA DE LA ANTIGUA MONARQUÍA

Hemos dicho ya cuán difícil es trazar una historia encadenada de Grecia hasta el siglo VI antes de Jesucristo; pero en el terreno de la historia política, tomada en el sentido estricto de la palabra, podemos seguir perfectamente algunos de los rasgos fundamentales del desarrollo general de los helenos. Durante los dos primeros siglos, á partir de la era de las Olimpiadas, se nos presenta en todo el mundo griego, como determinante de su vida, la idea de la union.

Ante todo observamos en primera línea la desaparicion de la antigua monarquía, pues, á excepcion de Macedonia, de los molosos del Epiro, y de la monarquía templada de Esparta, ya no se habla, á partir de la segunda mitad del siglo VIII, de reyes indigenas, sino que predomina en su lugar la aristocracia caballeresca de los diversos Estados, como indefectiblemente tenia que suceder. Con el engrandecimiento de los Estados ordenados, y destruidos los poderosos enemigos que en algunos puntos, como en Macedonia, habian hecho necesaria una robusta monarquía, tomó gran incremento en todas

partes la importancia que junto al trono habían adquirido algunas familias nobles, y la facilidad con que estas podían dominar las situaciones políticas de los pequeños Estados hizo germinar en su mente la idea de tomar en definitiva en sus propias manos las riendas del gobierno. Además la nobleza griega formó desde el principio en algunos puntos, como en Atica y otros cantones, una clase especial entre el rey y el pueblo; en otros, como en Tesalia y Laconia, se constituyó gracias a la superioridad de los conquistadores sobre los vencidos; y en otros, como en las comarcas de allende los mares, se debió a una gradual separación entre los caballeros y el pueblo, efecto de las nuevas relaciones; y su constante aspiración a derrocar definitivamente el trono, la hizo temible en todas partes durante el siglo VIII antes de Jesucristo. El modo como se verificó este paso de la monarquía a la dominación aristocrática, fué muy distinto según las circunstancias, siendo, empero, raros los casos en que esta revolución se manchó con sangre. Los reyes griegos, cuando las familias nobles, los eupátridas, se levantaron en masa contra la monarquía, no tenían en su mano medios poderosos para evitar el trastorno. Allí donde los conflictos personales ó el crimen de un rey no dieron ocasión á escenas violentas, consumóse la revolución ora por la extinción de una dinastía, ora por una contienda entre los pretendientes al trono, que sugirieron á la nobleza la idea de no proveer la vacante. En algunos puntos verificóse este cambio trocando el poder absoluto del monarca en un cargo responsable y de corta duración, ó reduciéndolo á un mero derecho político sumamente limitado, ó dejándole únicamente los derechos sacerdotales, que de muy antiguo le correspondían.

En la segunda mitad del siglo VIII antes de Jesucristo, alcanzó la aristocracia en todos los cantones de la Grecia, incluso en Esparta, una soberanía que debía conservar, en algunas comarcas, hasta mucho después de la guerra del Peloponeso. Esto fué para Grecia de suma importancia: en primer lugar, desde el momento en que la dirección de la cosa pública fué incumbencia de cierto número de ciudadanos, se suscitó la idea de organizar esos pequeños Estados fundamentalmente. Junto á los miembros fuertes de los distintos elementos fundamentales, comenzaron á desarrollarse ciertas doctrinas basadas durante muchos siglos en las instituciones públicas de los Estados griegos, y que, amplificadas en el tiempo de la democracia, no fueron en un principio aprovechadas. Introdujose entonces en la vida pública de los griegos el pensamiento de regular la extensión de los derechos políticos, por los deberes y prestaciones á que venían obligados los ciudadanos; siendo á partir de este punto caracteres distintivos del régimen griego, la distinción entre el poder legislativo y el ejecutivo y la institución de distintos cargos, de corta duración, desempeñados por empleados responsables.

Pronto mostraron las nuevas uniones de fundamento aristocrático gran diversidad de detalles, por mas que á todas ellas fuesen comunes ciertas disposiciones, como por ejemplo la asamblea de la plebe, del llamado *demós*, que encontramos en todas partes, y que probablemente en ninguna gozó de los derechos que en Esparta. El *demós*, cuyos derechos eran sumamente limitados, podía aceptar ó rechazar las proposiciones del gobierno, pero en modo alguno le competía, especialmente en un principio, el derecho de nombrar funcionarios públicos, que debían ser elegidos de entre las familias principales. El carácter de los supremos consejos de los Estados griegos es uno de los rasgos que imprimen un sello mas original á la dirección aristocrática de los mismos. Junto á los mas elevados funcionarios, en cuyas manos se encontraba por mas ó menos tiempo la dirección del Estado, solían formar los eupátridas un doble consejo. En la mayor parte de los

Estados, vemos un gran consejo, considerado como una representación de todas las familias nobles, que solo se reunía para resolver las mas interesantes cuestiones del Estado, y uno, menos importante, que funcionaba como consejo especial del gobierno. Este último, llamado Gerusia en los Estados aristocráticos, se componía comunmente de ancianos nombrados vitaliciamente y que eran, por regla general, en un principio, los caudillos de las familias, ó de los grupos de familias nobles, y en época posterior fueron nombrados por elección. La complicación cada vez mayor de la vida pública hizo indispensable gran número de funcionarios de varias clases y con distintos títulos, para la administración de los negocios.

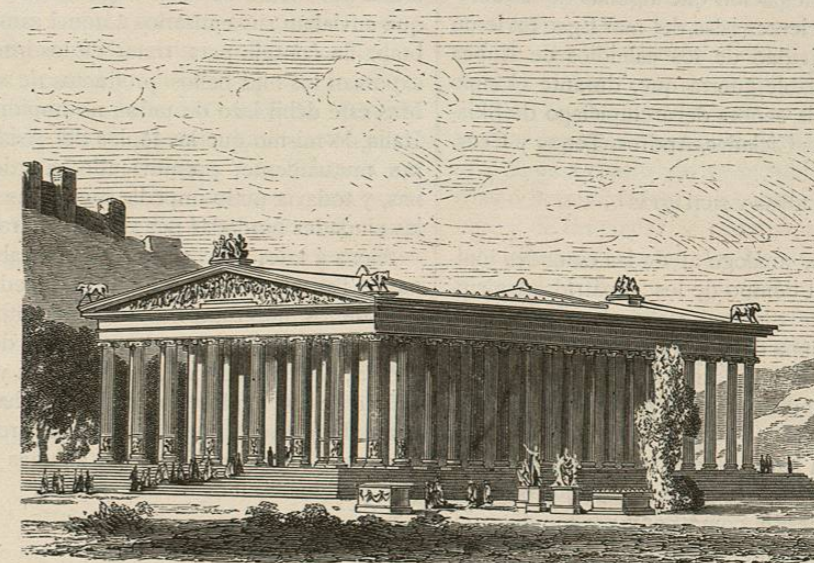
II.—DOMINACION DE LOS EUPÁTRIDAS

La posición de los eupátridas griegos fué, durante muchas generaciones, tan fuerte y tan segura, como la de los patrios romanos en la época de su apogeo; pues con la destrucción de la monarquía no quedó nadie que pudiera disputar su soberanía á la nobleza, cada vez mas fuerte y mas numerosa. Los eupátridas se sentían animados de un sentimiento noble y elevado: lejos de tendencias feudales y mucho mas todavía del deseo de explotar el Estado en interés propio, y conforme la dirección general del mismo con el excelente espíritu público, cumplieron satisfactoriamente sus deberes para con la república. Su encumbrada posición les hizo esclavos de ciertas cargas políticas á ella proporcionadas, puesto que les correspondía prestar el servicio militar en defensa de la patria, desempeñar exclusivamente durante mucho tiempo todos los cargos y atender solícitamente á todos los cuidados anejos al gobierno. La educación religiosa, musical y gímnastica de la juventud noble, que tan fuerte apoyo encontró en los juegos nacionales, tan brillantes bajo la atmósfera espiritual de aquel siglo, se encaminaba á proteger y conservar el sentido de la nobleza en el ánimo de los jóvenes. A pesar del desden con que los nobles miraban al *demós*, á las masas de ciudadanos industriales y comerciantes, estos no les faltaron nunca al respeto, mientras conservaron aquellos su espíritu caballeresco, y cumplieron, así en el interior como en el exterior, fiel y consecuentemente sus deberes. Bajo el punto de vista material, su poder estaba establecido de un modo tan fuerte como era posible, para sostenerse en aquellos puntos que, como la Laconia y Tesalia, era imposible una verdadera igualdad entre los nobles y el *demós* de extranjería raza. Los nobles fueron en todas partes los mas ricos, los mejor organizados, los que mejores armas poseían y los que se hallaban dotados de mayor talento y práctica militar: tenían hábitos bastantes de administración, se habían familiarizado con las prácticas del derecho y con la administración de la justicia; se encontraban, finalmente, apoyados por la santidad nacional panhelénica de Delfos, y no se les oponía en Grecia un imponente sacerdocio, esa institución que tanto influye en todos los Estados, así en los monárquicos como en los aristocráticos y en los democráticos. El sacerdocio griego, á pesar de la santidad délfica, no fué una corporación panhelénica inaccesible, gracias, por un lado á la poesía que respiraba su religión, y por otro al enérgico particularismo de los griegos; por el contrario, las familias sacerdotales se nos aparecen en los Estados aislados como familias nobles, y en modo alguno como formando una clase espiritual separada. Un solo peligro, muchas veces repetido, abatió de un modo definitivo la dominación de la nobleza: después de ser imposible conservar la igualdad democrática entre las familias, llegó un tiempo en que comenzaron á preponderar entre los eupátridas ciertas personalidades, y enton-

ces los adversarios, cada vez mas numerosos, de la dominación de la nobleza, procuraron destruirla en sus fundamentos.

El mundo griego tuvo, ciertamente, durante la soberanía de los eupátridas, días de gloria. En el Asia Menor, donde se conservaba de un modo marcado la experiencia de que las colonias fundadas de un modo razonable, crecieron con notable rapidez en riqueza y en población; donde el comercio y la industria fueron desde muy antiguo poderosos factores de su desarrollo; la historia jónica nos presenta una extensión cada vez mayor de los límites helenos, el progreso cada día mas creciente de la helenización en aquel territorio, y la poderosa actividad de las diversas ciudades griegas entre Rodas y el Helesponto. Mientras la poesía épica arrojaba una

luz mas clara, bajo el punto de vista espiritual, sobre el trabajo histórico de la rama asiática de los jonios, desarrolló esta sus fuerzas de un modo cada vez mas potente. Los nobles que, en la segunda mitad del siglo VIII antes de Jesucristo, destruyeron en Mileto y en Samos la monarquía, valiéndose de la fuerza pública, defendieron en todas partes sus ciudades, así terrestres como marítimas. Los vecinos lidios, bajo la dinastía de los Heráclidas ó Sandánidas (1194 á 689 A. C.) dejaron de ser entonces un enemigo temible, pero á pesar de esto, los griegos necesitaban para su conservación de una fuerte rudeza y práctica en la guerra, para lo cual se adiestró la famosa caballería de Colofonte. Los rústicos cimerios y trereos, que á mediados del siglo VIII asolaron á Sinope, no pudieron sin



Templo de Artemis en Efeso

duda ser vencidos con la misma facilidad con que ellos, entre 730 y 706 antes de Jesucristo, habían sojuzgado á los frigios, asolado á Sardes y acercádose á las costas jónicas. La éolica Antandros cayó entonces en manos de los salvajes bárbaros, y los hoplitas de Magnesia sufrieron en el Meandro una triste y completa derrota; pero la fuerza juvenil de los griegos orientales rechazó fácilmente tan rudo golpe, aunque desgraciadamente, fuese por envidia, ó por ambición mercantil, no vacilaron los jonios en dirigir las armas contra los de su propia raza, en vez de dirigirlas contra los de razas distintas. Guerras entre Mileto y Melos y Caristos, entre Mileto y Myo, entre Mileto y Priene; lucha entre Efeso y Magnesia en el Meandro, entre Samos y Efeso, entre Samos y Priene; empresas guerreras de los chiotas y milesios contra Eritrea, y de los eritreos y milesios contra Naxos, nos dan patentes pruebas así de la facilidad con que se emprendían las guerras, como de la desunión que entre los jonios existía. Nunca llegaron á una fuerte alianza general: ni aun la preciosa Mileto, la perla de los jonios, la ciudad marítima mas poderosa, la madre de tantas ciudades, centro de un floreciente comercio y de una actividad fabril que aumentaba de generación en generación, pudo alcanzar supremacía alguna sobre las comunidades de su propio origen. La obstinación, la disminución de fuerza y actividad y el deplorable fraccionamiento político de los jonios, pusieron claramente de manifiesto ya desde 689 antes de Jesucristo, que las relaciones con los lidios habían de trocarse en enemistad; y aparecieron por vez primera insuperables obstáculos que se opusieron á la extensión del helenismo.

GRECIA Y ROMA

III.—LAS CIUDADES JÓNICAS EN LUCHA CON LOS LIDIOS

Giges, amigo del rey lidio Caudales, el último de los Sandánidas y jefe de su guardia, se desembarazó de éste en 689, y bien puede asegurarse que solo un error político pudo inducir al sacerdocio de Delfos á sancionar su usurpación, cuando sobre ella fué interrogado por los lidios. El nuevo rey y su familia, los Mermnadas, no se contentaron con hacer de los lidios un pueblo esencialmente militar. Su inteligente dinastía no quiso abandonar en manos enemigas las preciosas costas de su país; así es que con Giges comenzaron las largas luchas contra las ciudades griegas de la costa que emprendió aquel rey desde 689 á 654 y continuó su hijo Ardys desde 654 á 617, con toda energía. Los griegos, á pesar de estas inesperadas crisis, hicieron grandes progresos interiores en cuanto se refiere á trabajos coloniales, al arte y á la ciencia: las murallas de sus ciudades fueron defendidas con gran entereza y por regla general con buen éxito, pues sus mares siempre permanecieron libres, no pudiendo Giges conseguir mas que la conquista de Magnesia en Sipylos y un tratado de paz con Colofonte. La fuerza de sus armas se estrelló ante los muros de Mileto y de Esmirna; y después de un sitio de veinte años ciertas complicaciones políticas obligaron al rey lidio Ardys; porque primero en 630 (A. C.) hubo una nueva invasión de los cimerios á las órdenes de su jefe Lygdamis, los cuales no solo destruyeron á Sardes, sino también á Magnesia, junto al Meandro, y luego el templo famo-

so de Artemis, en Efeso; y por último, cuando los feroces saqueadores de Jonia y Lidia se retiraron ó fueron rechazados, dirigió Ardys sus fuerzas otra vez contra los griegos. Los azares de aquella lucha, que empieza en 627, los veremos mas adelante, y aquí observaremos que ocurrió en una época en que en Jonia, como en otras partes del mundo griego, la soberanía de la nobleza estaba completamente rota y sustituida por otros elementos de fuerza que llevaron la guerra al exterior.



Moneda del templo de Efeso

La historia del tiempo de los eupátridas nos da á conocer la participación que algunas de las florecientes islas del mar Egeo tuvieron en la colonización, la actividad de los calcidios de Eubea para la misma, y la formidable guerra que, durante el siglo séptimo, estalló entre Calcis, señora del archipiélago de Skiathos, y Eretria, dueño de las Cicladas, Andros, Tenos y Ceos.

IV.—ITALIOTAS Y SICILIOTAS

Un brillante desarrollo, análogo al de las ciudades jónicas, alcanzaron durante el tiempo de los eupátridas las ciudades coloniales griegas de Sicilia é Italia: á pesar de que la historia no nos proporciona detalles acerca de las mismas, sabemos, sin embargo, que el bienestar y el florecimiento material de ese suelo occidental del mundo griego tomó pronto extraordinarias proporciones.

Sicilia, en donde por un lado, ningún lazo político ni religioso unió á las ciudades jonias ó dorias entre sí, y por otro la historia de estas nos muestra como comunes muchos rasgos fundamentales, nos presenta un tipo especial del helenismo. Los siciliotas, en cuyas capitales se confundían y neutralizaban la vida jónica y la dórica, que á veces también aumentaba con el elemento de los sicilianos indígenas, aparecen á nuestros ojos en extremo hábiles y versados en política, ingeniosos, industriales, inclinados á las comodidades de la vida y dotados de un ánimo fuerte, investigador, vivo y activo. Todas las ciudades siciliotas alcanzaron, aunque no por igual, un alto grado de poder y prosperidad, sobresaliendo entre todas ellas las de Siracusa, Gela y Agragas (Agrigento). Las débiles razas sicilianas que solo pudieron conservar su independencia en las elevadas comarcas del interior, perdieron en todas partes los territorios de las costas, que pasaron á los helenos, como había acontecido con el litoral tesálico. Con tales fundamentos alcanzó gran esplendor el poder de los griegos, que se dedicaron á la agricultura y cria de ganado en grande escala.

De un modo muy parecido se desarrollaron los Estados italiotas, cuya importancia material fué todavía mayor que la de los Estados de Sicilia: los intereses materiales dominaban exclusivamente en la vida de los griegos, hasta el punto de que, exceptuando á Crotona, en todas partes se había dado completamente al olvido el trabajo intelectual. Los débiles sicelios y las pastoriles razas etrias del sur de Italia, á los cuales no habían seguido todavía los fuertes sabelios, sucumbieron en todas partes ante las armas griegas y fueron sometidos lo mismo que los sicilianos.

Las grandes ciudades de Crotona y Sibaris florecieron en el territorio que hoy conocemos con el nombre de Calabria, y fueron pronto las metrópolis de muchas colonias aqueas que se fundaron en la baja Italia. El conjunto de territorios que poseyeron los aqueos hasta el siglo VI antes de Jesucristo, se extendía desde la Lócride, al Sur, hasta

Metaponto y Posidonia, al Norte, comarcas cubiertas de productivos bosques, de excelentes pastos y de preciosos campos, viñedos y frutales. Sibaris y Metaponto producían abundantes frutos y ganado para la exportación, lana y otros productos agrícolas, que en grande cantidad exportaban los etruscos de Italia, los corintios del Peloponeso, y sobre todo los milesios, que tan frecuentes relaciones sostenían con Sibaris. En cambio las ciudades jónicas llevaban á Italia tejidos, utensilios de barro, cueros y objetos de ferretería. Las ciudades italianas aqueas estaban unidas por una alianza religioso-política, como las jónicas del Asia Menor. El punto de reunión de sus comunidades era el templo de Hera, situado en el monte Lacinio, al Sur de Crotona. Este punto central de reunión de los griegos de la Magna Grecia estaba unido por medio de *calles sagradas* con las ciudades italiotas que enviaban sus emisarios á aquel santuario, donde se celebraba un consejo para tratar de los intereses generales, y se exponían los mas bellos productos de sus artes é industrias. Mas este débil lazo de unión no impidió que los aqueos de Italia, lo mismo que los jonios del Asia Menor, se destruyeran mutuamente, promoviendo sangrientas guerras intestinas, y todavía pudo impedir menos las luchas entre ellos y las ciudades fundadas por extranjerías razas.

Ajena á tales discordias se encontraba la colonia espartana de Tarento que, durante la antigüedad y bajo la dominación de los nobles, pensó muy pronto aprovecharse de su excelente posición natural. Sus hijos dedicáronse á la navegación, al comercio en grande escala y á la industria, especialmente á la explotación de las conchas purpúreas que con tanta abundancia producía su golfo, probando y utilizando á la par sus fuerzas militares en algunas luchas con los temibles pueblos vecinos de raza yapigia.

V.—TESALIA

Al llegar á este punto, se hace mas posible en Grecia, por lo menos en el Peloponeso, la exposición enlazada de los sucesos históricos. De la historia del Norte, durante este período sabemos que, después de la caída de la monarquía, la dominación de la nobleza había echado en Tesalia hondas raíces: esta rica comarca, con su distinguida aristocracia, no alcanzó nunca el grado de importancia que le correspondía dada su extensión material, á causa de la falta de habilidad política que observamos en aquellos gobiernos, aun en el de los nobles. Además de la poca unión política de que se resiente este cantón, los partidos de la numerosa nobleza, cuyos principales centros eran Larissa, Farsalia, Fere y Crannon, gastaban sus fuerzas en luchas intestinas. En el siglo VII antes de Jesucristo, apareció la poderosa y noble familia de los Aleuadas de Larissa, que se decían descendientes de Heracles y cuyo nombre es el mas notable de cuantos existen en Tesalia. Su fuerza, empero, se vió en extremo contrarestanda por la unión de las demás familias nobles, que tenían intereses diametralmente opuestos. Una inesperada guerra de raza, que fué la que se dirigió en el siglo sexto con gran encarnamiento contra los labradores focenses, hizo necesario el nombramiento de un Aleuada como *tagos*, ó jefe de todo el territorio, el cual, revestido de plenos poderes, exigió tributo á las razas dependientes y levantó el espíritu guerrero de su país.

VI.—BEOCIA

En Beocia, donde la monarquía desapareció á mediados del siglo VIII antes de Jesucristo, las relaciones sociales no eran ni con mucho tan rudas como en la comarca del Peneo.

Los antiguos habitantes del país que no habían abandonado el valle del Copai ante la invasión de los arneos, pudieron vivir libremente, aunque sin derechos políticos y como súbditos de los conquistadores, en el territorio de las ciudades antiguas y de las nuevamente fundadas por los arneos; por lo cual no fué imposible llegar á un estado de igualdad. La nobleza de las once ó catorce principales ciudades, que había admitido en su seno á algunas familias nobles de los antiguos Estados beocios, echó hondas raíces en el país, á pesar de los obstáculos que á ello opuso la población agrícola beocia. Los nobles beocios se dedicaron con preferencia al ejercicio de las armas y á la gimnasia, siendo considerados sus hoplitas y su caballería como las mas esforzadas tropas de Grecia. La historia de esta comarca trata preferentemente de los trabajos llevados á cabo por los tebanos para alcanzar la supremacía en Beocia y para convertir en una fuerte confederación la débil alianza de los países coligados. Muchas contrariedades se ofrecieron á tan noble empresa: la rústica aristocracia de Orcome, la belicosa caballería Tespiota y la viril comunidad de Platea, estaban hasta cierto punto enemistados con los nobles de Cadmea. En Tebas, el corintio Filolao dió en 725 antes de Jesucristo, una nueva organización á la nobleza, que tendía á robustecer el espíritu aristocrático y á asegurar en su favor suficientes territorios, para lo cual procuró que los bienes de los aristócratas fuesen intrasmisibles, prohibiéndoles su venta, obligando á los eupátridas sin hijos á adoptar á los segundones de otras familias nobles, y exigiendo á todo aquel que quisiese formar parte de la asamblea del Estado, que hubiese vivido por lo menos diez años completamente ajeno á los negocios industriales y mercantiles.

VII.—ATICA

La aristocracia del Atica, sin ser tan rígida como la de Tebas, no estaba menos arraigada. Los griegos de aquel cantón, que mucho antes de la emigración dórica se había unido en un solo Estado, resistieron con éxito el ataque de los beocios y la emigración de los dorios, y formaron un solo pueblo, no distinguiéndose por su origen la nobleza de la plebe. Tampoco pudo sostenerse en el territorio ático la monarquía, por mas que no cayese tan pronto como supone aquella anécdota, según la cual, á la muerte de Codro, se convirtió el gobierno del rey en un arcontado vitalicio. A este rey le sucedieron su hijo Medon y luego una serie de príncipes de la propia dinastía, cuya dominación fué de escasísima importancia para la historia de esta comarca, no obstante que duró un siglo, y solo es digno de mención el hecho de que en 800 antes de Jesucristo, según se cree, el derecho de sangre en Atenas se estableció bajo la influencia délfica. La nobleza ática conservó desde muy antiguo una fuerza que se vió robustecida durante las emigraciones, por el establecimiento en dicho cantón de muchas nobles familias extranjerías que se habían refugiado en el país. Entonces, es decir, á mediados del siglo octavo antes de Jesucristo, sucumbió la antigua monarquía, á causa de la ambición de la nobleza. El rey Alcmeon, hijo del rey Esquilos que gobernaba desde 754, fué destronado en 752 y sustituido por su hermano Carops, quien no se atrevió á reinar según el régimen antiguo. La aristocracia convirtió la situación de los Códridas en una autoridad ejecutiva de la nobleza, en una monarquía electiva que duraba diez años. Los eupátridas pretendieron tener el derecho de elegir, al comenzar un decenio, un pritano ó arconte entre los miembros de la dinastía de Codro, responsable ante el gobierno de sus actos durante dicho período.

Así empezó en el Atica la preponderancia de los eupátri-

das, cuya historia carece de interés hasta llegar al siglo séptimo, ó por lo menos si le tiene no ha llegado á nuestro conocimiento. Durante ese largo período se robusteció cada vez mas el derecho de sangre y por otro lado adquirió importancia y sirvió de fundamento para la administración, la división especial del Estado, que desde la ruina de la antigua monarquía, fué regulado fuertemente y organizado en detalle. Poca importancia histórica logró la división del pueblo ático en las tres clases de *eupátridas*, *geomoros* y *demiurgos*: la primera la formaban las familias nobles, la segunda los pequeños propietarios, arrendatarios y censatarios, y la tercera los labradores libres y los industriales, existiendo, además, un número relativamente corto, de esclavos. La división que se conservó por mas tiempo en Atica fué la que destruyeron los Tesidas y que clasificaba á los ciudadanos en cuatro phylas ó tribus: la de los *geleontes* comprendía la provincia mas selecta, en el territorio del Cefiso y del Iliso; la de los *hopletes* el Atica oriental maratónica; la de los *argadeos* el valle del Eleusis, y finalmente la de los *egicoreos* la comarca montañosa que se extiende desde el Parnés al Sunion. Cada una de esas cuatro phylas se subdividió á su vez en tres fratrias ó hermandades, que constaban de treinta familias cada una, y de las cuales se excluyó la antigua nobleza indígena. Las fratrias, lo mismo que las familias, se relacionaban entre sí no solo por el culto y los sacrificios comunes, sino por descender todas, según su propia creencia, de un mismo origen. El cabeza de la familia noble mas antigua de una tribu era el jefe de la misma: los treinta jefes de las familias de cada fratria elegían al jefe de esta, que tomaba el nombre de fratriarca, y los noventa jefes de familia de cada tribu elegían el *rey de raza*.

La organización de las phylas adquirió cada vez mayor importancia en cuanto se refiere á los pormenores de la administración ática. Los cuatro reyes de raza, junto con los 360 jefes de las familias y los arcontes, cuyo cargo duraba diez años, formaron, según parece, el gran consejo que cuidaba del gobierno del país y de la administración de la justicia. En las causas llamadas de sangre se seguía la forma mas solemne en el procedimiento, y se veían en el Areópago, donde se pronunciaba sentencia sobre el homicidio. Es muy verosímil que la formación posterior del sistema de phylas corrió parejas con el poder siempre creciente de la nobleza ática; pues los eupátridas quitaron á la casa real el derecho exclusivo que hasta entonces había tenido á la presidencia por diez años. Ya desde el año 712 antes de Jesucristo, cuando el códrida Hipomenes hubo cesado en su cargo, el mas alto destino del Estado se hizo accesible á todos los nobles áticos, siendo en aquella ocasión revestido de la dignidad de príncipe, Leocrates, que no pertenecía á la antigua casa de Codro. No se contentaron los eupátridas con robustecer cada vez mas su fuerza y con participar mas personal é inmediatamente del poder, sino que en 683 cambiaron la forma de gobierno por otra en que anualmente se elegían nueve arcontes, como autoridad suprema, á saber: un presidente de la república ó *epónimo*, cuyo nombre tomaba el año, y otros ocho arcontes, dos de cada raza, que eran representantes de las mismas: entre todos ellos se distribuían los cargos del poder supremo del Estado. El presidente (1) presidía el gran consejo y las asambleas públicas y ejercía el poder jurídico en los asuntos concernientes al derecho de familia y de sucesión: el segundo arconte ó *basileo* se cuidaba de los negocios espirituales de los primeros regentes y tenía la presidencia en todos los procesos religiosos y en las causas de homicidio: el tercer arconte, *polemamarca*, tenía la

(1) El primero fué Creonte,